

Además de su misticismo y de su egotismo, lo que llama aún la atención en Ibsen es la extraordinaria indigencia de su mundo de ideas, que hay que considerar también como un estigma intelectual de degeneración. Jueces superficiales ó ignorantes, que aprecian la riqueza intelectual de un artista por el número de volúmenes que ha producido, creen haber refutado victoriosamente el cargo de infecundidad lanzado contra un degenerado, enseñando la alta pila de sus obras; pero este género de prueba no es válido naturalmente, para el hombre competente. La historia literaria de los locos registra numerosos dementes que han escrito y publicado docenas de abultados volúmenes, teniendo que haber manejado la pluma con celeridad febril, durante largos años, casi noche y día; pero esta actividad infatigable no puede calificarse de fecunda, á pesar de sus abundantes resultados tipográficos, pues todos esos libros compactos no ofrecen un solo pensamiento utilizable. Hemos visto ya que Ricardo Wagner no ha sido nunca capaz, como poeta, de inventar una fábula, una figura, una situación, sino que siempre ha vivido á expensas de los antiguos poemas ó de la Biblia. Ibsen posee casi tan poca verdadera fuerza creadora personal como su pariente intelectual, y como desdeña lo más á menudo, en su orgullo de mendigo, tomar prestado de otros poetas dotados del don creador ó de las tradiciones populares rebosantes de vida, sus producciones, examinadas de cerca y á fondo, parecen aún infinitamente más pobres que las de Wagner, pues no dejándose deslumbrar por el arte de las variaciones de un contra-puntista excepcionalmente hábil en técnica dramática, y persiguiendo con crítica los temas que pone en obra con tanta destreza, se verá pronto su desesperante monotonía.

En el punto central de todas sus obras (excepto en los dramas románticos de su primer período, el de pura imitación), se encuentran dos figuras, siempre las mismas, que, en último análisis, no son más que una, pero una vez con

el signo negativo, otra con el positivo, tesis y antítesis en el sentido hegeliano: el ser humano que obedece únicamente á su ley interior, es decir á su egotismo, proclamándolo con audacia y arrogancia, y el que, en el fondo, no obra también más que en virtud de su egotismo, pero no tiene ya el valor de ostentarlo abiertamente y finge el respeto de la ley de los demás, de la manera de ver de la mayoría; así pues, el anarquista reconocido y violento, y su reverso, el anarquista astuto y cobardemente hipócrita.

El que afirma su egotismo, salvo una excepción, es siempre encarnado por una mujer; la excepción es Brand. El hipócrita, en cambio, es siempre un hombre, salvo, de nuevo, una excepción: en Hedda Gabler, en efecto, el motivo no es puro y se mezcla en su ser un poco de hipocresía con el anarquismo declarado. Nora, la Sra. Alving (*Los Aparecidos*), Selma Bratsberg (*La Unión de los jóvenes*), Dina, la Srta. Lona Hessel, la Sra. Bernick (*Los Sostenes de la sociedad*), Hedda Gabler, Ellida Wangel, «la Dama del mar» la Rebeca de *Rosmersholm*, son una sola y misma figura, pero vista en cierto modo en distintas horas del día, y, por esta razón, bajo una luz diferente. Las unas están en el tono mayor, las otras en el tono menor; éstas están más histéricamente trastornadas, aquéllas menos; pero, en su esencia, no son sólo semejantes, sino que son idénticas. Selma Bratsberg exclama (pág. 229): «¿Nuestro infortunio? ¿Soportarlo juntos? ¿Ahora es cuando te parezco bien para eso?... ¡No, ya no puedo callar por más tiempo, seguir siendo hipócrita y embustera! Todo lo vais á saber... ¡Oh! ¡qué mal os habéis portado conmigo! ¡Habéis obrado de un modo vergonzoso, todos!... ¡Cuánto he ambicionado tener una pequeña parte en vuestros cuidados! ¡Pero cuando interrogaba, os desentendíais de mí con tono de broma sin importancia! Me habéis vestido como una muñeca, habéis jugado conmigo como se juega con un niño... Me voy á marchar, á separarme de ti... ¡Déjame!

¡Déjame!» Y Nora (pág. 270): «He vivido haciendo piruetas para ti, Forvald... Tú y papá habéis sido muy culpables para conmigo, y culpa vuestra es si no sirvo para nada... He creído serlo (feliz), no lo he sido nunca... He estado alegre, y nada más... Nuestra casa no ha sido más que una sala de recreo. He sido muñeca-mujer en tu casa, como había sido muñeca-niña en casa de papá... Y por eso te voy á abandonar... Quiero irme ahora mismo.» Ellida (págs. 111, 122): «Lo que quiero es que nos pongamos de acuerdo para desligarnos uno de otro voluntariamente... No soy lo que tú creías al casarte conmigo; tú mismo lo adviertes en este momento, y ahora podemos separarnos de buen grado, voluntariamente... Aquí nada me atrae, nada me retiene; no he echado raíces en tu casa, Wangel.» Selma amenaza con irse, Ellida está resuelta á marcharse, Nora se va, la señora Alving se ha ido. El pastor Manders dice á esta última (*Los Aparecidos*, pág. 60): «Usted no ha tendido nunca más que á sacudir todo yugo y toda ley; nunca ha querido usted soportar una cadena, sea cual fuese; todo lo que la estorbaba en la vida, lo ha rechazado usted sin pesar, sin vacilar, como una carga insoportable, no escuchando más que su capricho. Ya no le acomodaba más ser esposa y se ha emancipado de su marido, le parecía molesto ser madre y ha mandado usted á su hijo á vivir entre extraños.» La Sra. Bernick era, como sus émulas, una extranjera en la casa; pero ella no quiere irse, quiere seguir en la casa y procurar conquistar á su marido (*Los Sostenes de la sociedad*, pág. 141): «He creído durante mucho tiempo que te había poseído y luego perdido; ahora comprendo que no me habías pertenecido nunca, pero que vas á ser mío.» Dina, en la misma obra, no puede irse todavía, porque aun no está casada; pero da á su idea de rebelión esta forma, que responde á su estado de soltera (pág. 119): «Seré su mujer... Pero quiero primero trabajar, llegar á ser alguien... Ser una cosa que se toma, no; eso no me conven-

dría.» Rebeca tampoco está casada, pero sin embargo se marcha (*Rosmersholm*, pág. 305): «Me marchó.—*ROSMER*. ¿En seguida?—*REBECA*. Sí... hacia el Norte; de allí he venido.—*ROSMER*. Pero ya no tienes allí nada que te atraiga.—*REBECA*. Aquí tampoco nada me retiene.—*ROSMER*. ¿Qué piensas hacer?—*REBECA*. No lo sé. Todo lo que deseo es que esto concluya.»

Ahora el reverso: el egoísta hipócrita que satisface su egotismo sin chocar de frente contra la sociedad. Esta figura se presenta sucesivamente bajo los nombres de Forvald, de Helmer, del cónsul Bernick, del vicario Rorlund, del pastor Manders, del burgomaestre Stockmann, de Werlé, una vez también en parte bajo el de Hedda Gabler, siempre con las mismas ideas y las mismas palabras. Helmer exclama, después de la confesión de su mujer Nora (pág. 262): «¡Oh, qué terrible despertar!... ¡Ausencia de religión, ausencia de moral, ausencia de todo sentimiento de deber!... Podría propalar la cosa... y, en ese caso, se creería tal vez que he sido cómplice de tu acción criminal... Es preciso que le contente de un modo ó de otro; se trata de echar tierra al asunto á todo trance.» El pastor Manders pronuncia estas palabras en diferentes ocasiones: «No hay necesidad, en verdad, de dar cuenta á todo el mundo de lo que se lee y de lo que se piensa entre las cuatro paredes de su casa... No podemos sin embargo, entregarnos á juicios malévolos, y no tenemos derecho en ningún modo para escandalizar á la opinión... Usted ha desertado, exponiendo su nombre y su reputación, y ha estado usted á punto de perder también la reputación de los demás. ¿No era demasiado inconsiderado el venir á buscar un refugio en mi casa?... Desgraciadamente, la vida de familia no es siempre tan pura como debiera; pero una cosa como esa á que usted alude (las uniones incestuosas) no se sabe nunca..., por lo menos con certeza.» El vicario Rorlund: «¡Ved cómo va perdiéndose la vida de familia; ved con qué audacia se rebelan en el hogar contra

las verdades más sagradas!... Alguna cizaña crece entre el buen grano, pero hagamos todos los esfuerzos para arrancarla... ¡Oh, Dina, cómo puede usted interpretar tan mal la prudencia!... Cuando es uno, por vocación, uno de los sostenes morales de la sociedad, toda circunspección es poca... ¡Me es usted tanpreciada, Dina! Chitón, alguien viene. Dina, hágalo usted por mí: vaya usted con esas señoras al jardín... (Un buen libro) es un antídoto bienhechor de las producciones diarias de la prensa.» El cónsul Bernick, en la misma obra: «¡Pero, eso de que hayan escogido este momento..., precisamente cuando tenía mayor necesidad de disfrutar de una reputación irreprochable! Los periódicos de las ciudades vecinas publicarán correspondencias de aquí... Los escritor-zuelos de los periódicos me echan en cara... ¡Y yo cuya misión es dar ejemplo á mis conciudadanos, tengo que dejarme decir esas cosas frente á frente! No quiero soportarlo más tiempo, puesto que no he merecido que se deshonre así mi nombre... Me importa guardar mi conciencia pura. Además hará buena impresión en la prensa y sobre todo en los círculos, cuando vean que dejo á un lado toda consideración personal para que la justicia siga su curso.» Kroll, en *Rosmersholm*: «¡Lee usted alguna vez los periódicos radicales?... Así pues, ¿ha visto usted cómo esos señores «del pueblo» se han arrojado sobre la presa y qué infames groserías se han permitido contra mí?» Werlé, en *El Pato silvestre*: «¿Si incluso, por sacrificio hacia mí, consintiera en arrostrar las malas lenguas, las conversaciones perversas y todo lo consiguiente?» El gobernador, en *Un Enemigo del pueblo*: «Si velo por mi reputación con cierto celo, es por interés de la ciudad... Considero como de la mayor importancia que, en interés de la Sociedad, no se presente tu informe á la dirección de los Baños. Más adelante, lo arreglaremos lo mejor que podamos en secreto, pero este fatal asunto debe permanecer absolutamente ignorado del público... Tienes, además, la de-

plorable manía de contar al público, en los periódicos, todo lo que piensas, lo posible y lo imposible. En el momento en que tienes una idea, has de hacer inmediatamente un artículo para un periódico ó incluso un folleto.» Por último, Hedda Gabler: «¡Cómo has podido marcharte tan á la vista de todo el mundo!... ¿Qué dirán las gentes?... ¡Tengo tanto miedo al escándalo!... Creo que debería usted aceptar por consideración hacia usted mismo ó más bien por consideración hacia las gentes.»

leyendo uno tras otro todos los pasajes análogos á los de Nora y de Helmer, se tendrá forzosamente la impresión que forman parte de un solo y mismo papel, y esta impresión será exacta, porque, bajo una docena de nombres diferentes, se trata siempre de un papel único. Lo mismo puede decirse de las mujeres que, por el contrario de la egotista Nora, se sacrifican por los demás. Marta Bernick, la Srta. Lona Hessel, Eduviges, la señorita Tesman, etc., son siempre la misma figura, diversamente disfrazada; pero la uniformidad se extiende hasta los más mínimos detalles: la enfermedad hereditaria de Rank es sencillamente reeditada más á fondo en la enfermedad hereditaria de Oswald; la marcha de Nora se renueva casi en cada drama y es parodiada en *El Pato silvestre* por la marcha de Hjalmar. Un rasgo de esta escena se presenta á la letra en las repeticiones de ésta. «NORA. Ahí dejo las llaves. Por lo que toca al arreglo de la casa, la criada está al corriente... mejor que yo.» «ELLIDA. Que me vaya... no tendré ni una llave que entregar ni una sola orden que dar. Ni un lazo siquiera me une á la casa.» En *Casa de muñeca*, la protagonista que ha ajustado sus cuentas con la vida y ve llegar estre-meciéndose la catástrofe, hace tocar al piano por Rank una tarantela salvaje, que acompaña bailando; en *Hedda Gabler*, se oye á la heroína «tocar al piano un trozo de baile muy movido», antes de tirarse el pistoletazo; Rosmer dice á Rebeca que declara que quiere morir: «¡No!

Te vuelves atrás, no te atreves á lo que ha hecho ella»; el prevaricador Krogstad dice á Nora que le amenaza con matarse: «¡Oh! no me asusta usted. Una señora delicada y distinguida como usted... Esas cosas no se hacen». A Hedda Gabler que acaba de decirle: «¡Antes la muerte!», Brack responde: «Esas cosas se dicen, pero no se hacen». Casi en los mismos términos Helmer echa en cara á su mujer Nora, y el pastor Manders á la señora Alving, aquél que Nora ha sacrificado su honor á consecuencia de la falsedad que ha cometido, y éste que la señora Alving ha querido sacrificarle el suyo; y absolutamente en los mismos términos la señorita Lona Hessel exige de Bernick y Rebeca de Rosmer, que hagan su confesión. Werlé ha cometido el crimen de seducir á la sirvienta Gina; el crimen de Alving ha sido seducir á su sirvienta. Este modo lastimosamente débil de repetirse á sí mismo, esta impotencia de un cerebro perezoso en borrar la huella de una idea elaborada una vez penosamente, van tan lejos en Ibsen, que incluso en la apelación de sus personajes permanece, consciente ó inconscientemente, bajo la influencia de un eco, pues tenemos en *Casa de muñeca* Helmer, en *El Pato silvestre* Hjalmar, en *Los Sostenes de la sociedad* Hilmar, el hermano de la señora Bernick.

Así todo el teatro de Ibsen es como un kaleidoscopio de bazar de baratillo. Cuando se mira por el agujero en el tubo de cartón se ve á cada sacudida del instrumento nuevas figuras abigarradas, y este juguete divierte á los niños; pero las personas mayores saben que no hay dentro más que algunos fragmentos de vidrios de color, siempre los mismos, amontonados sin orden y multiplicados por tres pedazos de espejo en un dibujo simétrico cuyos arabescos sin expresión no tardan en cansar. Mi imagen no se aplica sólo al teatro de Ibsen, sino también al autor mismo, pues en realidad él es el kaleidoscopio. Los pocos míseros pedazos de vidrio con los que anda metiendo rui-

do desde hace treinta años y que sacude al azar en combinaciones fáciles, son sus obsesiones, nacidas en su interior enfermo y no sugeridas por el espectáculo del mundo, pues el presunto «realista» no sabe nada de la vida real, no la comprende, ni la ve siquiera, no pudiendo, por consecuencia, renovar con su ayuda su provisión de impresiones, de ideas, de juicios. Según la fórmula conocida para construir cañones, se toma un agujero y se va poniendo metal alrededor. Ibsen procede lo mismo en la construcción de sus dramas: tiene una tesis, ó más exactamente, una locura anarquista, que es el agujero, y no se trata más que de rodear este agujero, esta nada, con el metal de la realidad vital; como Ibsen no posee ésta, encuentra á lo sumo á veces, escarbando en el basurero, algunos pequeños fragmentos de clavos usados ó una lata de sardinas vieja, pero este poco de metal no basta para hacer un cañón. Chocan por esto lo mezquino de los hechos y de los seres que constituyen su experiencia, allí donde se esfuerza en trazar un cuadro de acontecimientos contemporáneos reales.

Filisteo, provinciano presumido, no son ya todavía las palabras que convienen aquí; pues que esto cae ya por abjo del dintel de lo humano. El viejo naturalista Francisco Huber y John Lubbock registran hechos de este género al observar la vida de una colonia de hormigas. Las nimias especialidades que Ibsen pega con alfileres á sus tesis en dos piernas para darles al menos tanta semejanza humana como tiene un espantajo para gorriones, las ha tomado de una horrible sociedad de «villorrio barato» noruego, compuesta de borrachos y troneras, de idiotas y de imbéciles histéricas que se han vuelto locas, que no han formado con claridad en su vida otra idea más que éstas: «¿Cómo me procuraré una botella de aguardiente?» ó «¿Cómo me haré interesante á los ojos de los hombres?» La única cosa que distingue de los animales á esos Loevborg, esos Ekdal, esos Oswald Alving, etc., es que beben

de lo lindo. Las Nora, las Hedda, las Ellida no se emborrachan, pero en cambio divagan de manera que exigen la camisa de fuerza. Los grandes acontecimientos de su vida son la obtención de un empleo en una casa de banca (*Casa de muñeca*); sus catástrofes, la confesión de que ya no creen en la religión (*Rosmersholm*), la pérdida de una situación de médico de una estación balnearia (*Un Enemigo del pueblo*), el que trascienda una aventura nocturna amorosa de la juventud (*Los Sostenes de la sociedad*); los crímenes espantosos que obscurecen, como una nube de tormenta, la vida de sus personajes y del medio que los rodea, son un amor pasajero con una sirvienta (*Los Aparecidos, El Pato silvestre*), unas relaciones con una cantante de café-concierto (*Los Sostenes de la sociedad*), una tala ilegal de madera, cometida por error, en un bosque del Estado (*El Pato silvestre*), una visita á una casa pública después de una buena comida (*Hedda Gabler*). Me ocurre á veces que paso media hora con niños para divertirme con su conversación y sus juegos, y una vez dió la casualidad que los niños habían asistido en la calle á la detención de un criminal. La persona que los acompañaba los había alejado en seguida de ese espectáculo, pero habían visto lo bastante para quedar vivamente impresionados, y al día siguiente, á mi llegada, su espíritu estaba aún embargado por el gran acontecimiento y oí el diálogo siguiente: «MATILDE (*tres años*). ¿Por qué han preso á ese señor?—RICARDO (*cinco años, muy digno y sentencioso*). No era un señor, era un mal hombre. Lo han llevado preso porque no era juicioso.—MATILDE. ¿Y qué había hecho?—RICARDO (*después de un momento de reflexión*). Su mamá le había prohibido que cogiese chocolate. Sin embargo, ha cogido chocolate y por eso su mamá ha hecho que lo lleven preso». Esta conversación de niños me ha venido á la memoria cada vez que he encontrado en el teatro de Ibsen, uno de esos crímenes que él trata con una importancia tan desconcertante y que pertene-

cen al horizonte intelectual de un chiquillo cuyo pantalón rajado por detrás deja asomar la punta de la camisa.

Ahora hemos dado ya la vuelta alrededor de Ibsen. Aun á trueque de ser prolijo y pesado, lo he caracterizado siempre con sus propias palabras para que el lector tenga ante los ojos la materia misma de donde he derivado mis juicios. Ibsen se nos presenta como un místico y un egotista que quisiera probar que el mundo y los hombres no valen un rábano, pero que prueba únicamente que no tiene la más mínima idea de aquél ni de éstos. Incapaz de adaptarse á ninguna condición, habla mal primero de Noruega, luego de Europa en general. No se puede encontrar en una sola de sus obras una sola idea verdaderamente contemporánea, relacionada efectivamente con las fuerzas activas de la época presente, á menos que no se quiera hacer el honor á su anarquismo, que se explica por la constitución enfermiza de su espíritu, y á sus parodias de los resultados más inciertos de las investigaciones en materia de hipnotismo y de telepatía, de considerarlos como ideas de esta clase. Es un hábil técnico dramático y sabe presentar con una gran fuerza poética personajes de lejana perspectiva y situaciones que se salen fuera de la gran corriente del drama; pero ese es también el solo mérito auténtico que un análisis concienzudo y sano permite encontrar en él. Se ha atrevido á hablar de sus «ideas morales», y sus admiradores repiten la frase como cosa corriente. ¡Las ideas morales de Ibsen! Los que no se ríen de ellas después de haber leído su teatro, no tienen realmente ningún sentido humorístico. Parece predicar la negación de la fe religiosa y no ha podido emanciparse de las ideas religiosas de la confesión, del pecado original, del sacrificio del Salvador. Propone como ideal el egoísmo del individuo y su liberación de todo escrúpulo y apenas un individuo hace la más mínima cosa sin escrúpulo, cuando ya gime con tono contrito hasta que haya descargado por la confesión su corazón lleno hasta

estallar; las únicas figuras verdaderas y agradables que le resultan bien á Ibsen, son las mujeres que se sacrifican por los demás hasta el aniquilamiento de su individualidad. Ensalza todo desgarrón de la moral como un acto heroico y castiga al mismo tiempo sencillamente con la muerte el más ligero y el más tonto enamoramiento. Se gargariza con las palabras «verdad», «progreso», etc., y predica en su mejor obra la mentira y la inmovilidad. Y todas esas contradicciones no se presentan, como podría creerse, sucesivamente, como estaciones en el camino de su evolución, no; son simultáneas, se presentan siempre las unas junto á las otras. Su admirador francés Augusto Ehrhard ve este hecho algo contrariante y trata de excusarlo lo mejor que puede ¹; su comentador noruego, Henrik Iøeger, por el contrario, afirma con la mayor serenidad de alma que lo que caracteriza sobre todo á las obras de Ibsen, es la unidad ². El francés y el noruego han obrado con gran imprudencia, no concertándose antes de ensalzar de un modo tan divergente á su gran hombre. La sola «unidad» que me es posible descubrir en Ibsen, es la de su confusión; el único punto en que realmente permanece siempre semejante á él mismo, es su completa incapacidad para elaborar una sola idea clara, para comprender una sola de las fórmulas que pega aquí y allá en sus obras, para deducir de una sola premisa las consecuencias exactas.

¡Y á este perturbado malo, anti-social, por lo demás soberbiamente dotado desde el punto de vista de la técnica

¹ Augusto Ehrhard, *op. cit.*, pág. 120: «Con una admirable franqueza, Ibsen señala en sus últimas obras el abuso que puede hacerse de sus ideas (!) y aconseja á los reformadores una prudencia extremada, si no ya el silencio. En cuanto á él, cesa de excitar á la muchedumbre á la persecución del progreso (!) moral y social, se encierra en su pesimismo desdeñoso y goza en una aristocrática soledad. de la visión serena de los tiempos futuros».

² Henrik Iøeger, *Henrik Ibsen og hans Vaerker. En Fremstilling Grundrids*, Christiania, 1892, passim.

del teatro, es al que se ha osado elevar sobre el pavés como el gran poeta universal del siglo XIX en sus postrimerías! Sus partidarios han gritado por los cuatro puntos del mundo: «¡Ibsen es un gran poeta!», hasta tal punto que los espíritus fuertes vacilaron, y que los espíritus débiles fueron completamente subyugados. En un libro reciente sobre Simón el Mago, hay este bonito cuento: «El Libio Apseto quería llegar á ser dios; pero, sin embargo, á pesar de sus inmensos esfuerzos, no podía satisfacer su violento deseo. Quería, en todo caso, que se creyese que había conseguido llegar á ser dios, y reunió con este objeto gran cantidad de papagayos, tan abundantes en Libia, y los encerró á todos en una jaula, donde los tuvo cierto tiempo enseñándoles á decir: Apseto es dios. Cuando los pájaros lo aprendieron, abrió la jaula y los soltó; los pájaros se esparcieron por toda Libia, y sus palabras penetraron hasta los establecimientos griegos, de modo que los Libios, extrañados de la voz de los pájaros, y no sospechando la estratagema empleada por Apseto lo consideraron como á un dios» ¹. De conformidad con el ejemplo del ingenioso Apseto, ha sabido Ibsen enseñar á algunos «comprensivos», á esos Jorge Brandés, á esos Augusto Ehrhard, á esos Enrique Iøeger, etc., estas palabras: «¡Ibsen es moderno! ¡Ibsen es un poeta del porvenir!», y esos papagayos se han esparcido por todos los países y cacarean hasta aturdir en los libros y en los periódicos: «¡Ibsen es grande! ¡Ibsen es un espíritu moderno!» Los débiles en el gran público murmuran después ese grito, porque lo oyen á menudo y porque toda frase fuertemente acentuada, pronunciada con decisión, hace impresión sobre ellos.

Sería, sin duda, mostrarse superficial creer que la audacia de esos corifeos explica únicamente el sitio al cual Ibsen ha podido ser elevado, pues tiene incontestada-

¹ G.-R. S. Mead, *Simon Magus*, Londres, 1892.

blemente rasgos por los cuales debía tener influencia sobre sus contemporáneos.

En primer término, sus frases confusas sobre «la gran época en que vivimos», sobre la «nueva era que se anuncia», sobre la «libertad», el «progreso», etc., y sus alusiones incidentes y vagas sobre este asunto, frases que no podían menos de gustar á todos los soñadores y á todos los disparatadores, porque dejan el campo libre á todas las interpretaciones y permiten especialmente presumir en el autor modernismo y un atrevido impulso hacia adelante, sin que pueda desanimarles que Ibsen mismo se burle cruelmente en *El Pato silvestre* de los «comprensivos», al hacer emplear por Relling la palabra «demoníaco», absolutamente desprovista de sentido, según propia declaración, así como él mismo emplea su charla sobre la libertad y el progreso. Lo que precisamente hace de ellos unos «comprensivos» es que pueden interpretar cada pasaje á su antojo.

Luego después su doctrina del derecho del individuo á vivir según su propia ley. ¿Es verdaderamente esa su doctrina? Hay que negarlo cuando después de abrirse camino á través de sus numerosas contradicciones y refutaciones de sí mismo, se ve que trata con un cariño particular á los corderos expiatorios que no son más que negación de su propio «yo», supresión de sus instintos más naturales, amor al prójimo y tiernos miramientos. En todo caso, sus apóstoles han pretendido que el individualismo anarquista es la doctrina central de su teatro que M. Aug. Ehrhard resume en estas palabras: «La rebelión del individuo contra la sociedad; en otros términos: Ibsen es el apóstol de la autonomía moral»¹. Ahora bien, semejante doctrina es susceptible de ejercer estragos entre las gentes de pensamiento perezoso ó entre los que son incapaces de pensar.

¹ Augusto Ehrhard, *op. cit.*, pág. 94.

M. Aug. Ehrhard se atreve á emplear esta expresión: «autonomía moral», y en nombre de este bonito principio, los heraldos críticos de Ibsen persuaden á la juventud que acude hacia él, que tiene el derecho de «desplegarse», y sonríen con benevolencia cuando sus oyentes entienden por esto el derecho de entregarse á sus bajos instintos y de emanciparse de toda disciplina: Como hacen los rufianes en los puertos del Mediterráneo á los viajeros bien vestidos, murmuran al oído de su público: «¡Divertíos, gozad! ¡Venid conmigo y os enseñaré el camino!» Pero el inmenso error de las gentes de buena fe y el infame engaño de los corruptores de la juventud que aspiran al salario de su proxenetismo, es confundir la «autonomía moral» con la ausencia de freno.

Estas dos nociones no sólo no son sinónimas, sino que hasta son opuestas una á otra y se excluyen mutuamente. ¡Libertad del individuo! ¡El derecho de disponer de sí mismo! ¡El «yo», su propio legislador! ¿Cuál es ese «yo» que ha de darse sus leyes? ¿Cuál es ese «sí-mismo» sólo para el cual Ibsen reivindica el derecho de disponer? ¿Cuál es ese individuo libre? Ya hemos visto en la *Psicología del egotismo*, que toda la noción de un «yo» opuesto al resto del mundo como algo extraño y exclusivo, es una ilusión de la conciencia, y no necesito insistir más sobre esto aquí. Sabemos que el hombre, como todo ser viviente muy complejo y altamente desarrollado, es una sociedad ó un Estado de seres vivos cada vez más sencillos, de células y de sistemas de células ú órganos que tienen todos sus funciones y sus necesidades propias, que se han asociado en el curso de la evolución de la vida sobre la tierra y han sufrido alteraciones con el fin de poder llenar funciones más altas que las que son posibles á la célula simple y á la aglomeración de células primitiva. La más alta función de la vida que conocemos hasta aquí es la conciencia clara, el contenido más elevado de la conciencia es el conocimiento, y el objeto más visible y más inme-

diato del conocimiento es procurar siempre al organismo mejores condiciones de vida, es decir prolongar el más tiempo posible su existencia y acumular en ésta el mayor número posible de sensaciones de placer. Para que el organismo, en su conjunto, esté al nivel de su misión, sus partes constitutivas tienen que someterse á una severa jerarquía; la anarquía en el interior del organismo es la enfermedad y conduce rápidamente á la muerte. Cada célula cumple su trabajo químico de descomposición y de reconstrucción de combinaciones, sin ocuparse de otra cosa, trabajando casi exclusivamente para ella. Su conciencia es la más limitada que puede imaginarse; su previsión es probablemente nula; su facultad de adaptación por su propia fuerza, es tan débil, que por poco que se nutra más débilmente que la de al lado, no puede mantenerse frente á ella, y es inmediatamente devorada por ella ¹. El grupo de células diferenciado, el órgano, tiene ya una conciencia más extensa y tiene su asiento en sus propios ganglios nerviosos; su función es más complicada y no aprovecha sólo ó principalmente á él mismo, sino al organismo total; tiene ya pues, también una influencia—casi diría constitucional—sobre la dirección de los asuntos del organismo total, que se afirma en que el órgano es capaz de inspirar á la conciencia representaciones que empujan á actos á la voluntad. Pero el órgano más elevado en el que se resumen todos los demás, es la substancia gris, que es el asiento de la conciencia clara, la que trabaja menos para ella y más para la cosa pública, es decir para el organismo total; es el gobierno del Estado, termi-

¹ W. Roux, *Sobre la lucha de las partes del organismo*. Leipzig, 1881. Desde la publicación de este trabajo, la doctrina de la fagocitosis ó de la digestión de las células más débiles por las más fuertes ha sido considerablemente desarrollada; pero no es este el lugar de citar las numerosas comunicaciones publicadas sobre este punto en las revistas alemanas: la *Revista de Zoología Científica*, los *Archivos*, de Virchow; la *Hoja Central Biológica*, los *Anales Zoológicos*, etc.

nando en ella todas las informaciones del interior y de fuera, debiendo orientarse en medio de todas las complicaciones y dar pruebas de previsión, teniendo en cuenta en cada acto, no sólo el efecto inmediato, sino también las consecuencias más remotas para la cosa pública. Así pues, cuando se trata de «yo», de «sí-mismo», de «individuo», no se puede racionalmente referirse á una parte cualquiera subordinada del organismo, el dedo pequeño del pie ó el recto, sino tan sólo la substancia gris. Ella tiene, ciertamente, el derecho y el deber de dirigir al individuo y de prescribirle su ley: ella, es decir la conciencia. Pero ¿cómo forma sus juicios y sus decisiones? Los forma por medio de las apercepciones que despiertan en ella las excitaciones que vienen de los órganos internos y de los sentidos. Si la conciencia se deja dirigir solamente por las excitaciones orgánicas, trata de satisfacer deseos momentáneos á expensas del bienestar en la hora siguiente, perjudica á un órgano favoreciendo la necesidad de otro y descuida tomar en consideración circunstancias del mundo exterior con las que debiera contar en el interés del organismo. Algunos ejemplos muy sencillos sobre este punto. Un hombre nada entre dos aguas; las células no saben nada ni se ocupan de ello, y tranquilamente toman de la sangre el oxígeno de que tienen momentáneamente necesidad, y exhalan en cambio ácido carbónico; la sangre corrompida excita la medula oblonga, y ésta reclama impetuosamente un movimiento de inspiración. Si la substancia gris cediese á este deseo plenamente justificado de un órgano y transmitiese á los músculos interesados la impulsión de un movimiento de inspiración, el pulmón se llenaría de agua y sobrevendría la muerte del organismo total. Por esto, la conciencia no obedece á las reclamaciones de la medula oblonga, y en lugar de enviar impulsiones de movimiento á los músculos intercostales y del diafragma, las envía á los músculos de los brazos y de las piernas; el nadador, en lugar de respirar en el